

De locos, proscritos, cautivos, transterrados y bandoleros

Hernán Lara Zavala*



Sabe Dios qué habría sucedido si a Miguel de Cervantes Saavedra, entonces de 43 años de edad, le hubieran concedido alguno de los cargos que solicitó al Consejo de Indias el 21 de mayo de 1590 para que le dieran la contaduría del nuevo reino de Granada o la gobernación de la provincia de Socónusco en Guatemala o el puesto de contador de las galeras de Cartagena o corregidor de la ciudad de La Paz, en Bolivia, "que con cualquiera de estos oficios" él se habría dado por bien servido. Acaso hubiera escrito una novela prodigiosa, la precursora del realismo mágico, situada en las costas de Colombia o en las montañas de Guatemala, con base en sus experiencias en América. O quién sabe, tal vez la fortuna le hubiera sonreído en términos económicos y, al verse rico, habría renunciado definitivamente a sus pretensiones de escritor. Cualquiera que hayan sido sus aspiraciones al hacer tal solicitud, él se debe de haber cuestionado en muchas ocasiones qué sería de su vida si lograra embarcarse en uno de esos navíos que surcaban el Guadalquivir rumbo a las Indias, como lo hiciese su personaje Carrizales en *El celoso extremeño*, que

se acogió al remedio a que otros muchos perdidos [...] se acogen que es pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores —a quien llaman ciertos los peritos en el arte— añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos.

Seguramente él se contaba a sí mismo entre esos pocos perdidos y desesperados a los que podría concedérseles un remedio particular en pago a sus servicios a la corona, pero el hecho es que su petición fue contestada el 6 de junio del mismo año por el doctor Núñez Morquecho, secretario del consejo, con el lacónico comentario "busque por acá en qué se le haga merced", con lo cual en realidad se le estaba denegando su pretenciosa solicitud en el más puro estilo burocrático.

Más de 40 años antes, a finales de 1569, Miguel de Cervantes se encontraba trabajando en Italia como camarero en casa de su protector Giulio Acquaviva, acaso bajo la recomendación de su tío lejano el cardenal Gaspar de Cervantes y Gaete. Contaba entonces Miguel con 22 años, estaba a punto de obtener su certificado de pureza de sangre y se presentaba ante él un destino incierto. No sabía aún si sería poeta, diplomático o soldado. Como poeta había contribuido ya con cuatro sonetos publicados en la *Relación de las exequias para Isabel de Valois*, bajo la guía de López de Hoyos.

Ahora sirve a las órdenes de Acquaviva, que en poco tiempo, y a pesar de ser casi de su misma edad, llegará a ser cardenal. No se imagina entonces Cervantes que los mejores momentos de su juventud los invertirá en el oficio de las armas y que será soldado aventajado, pues participará en la batalla de Lepanto:

* Escritor. Director General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM

Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa (*Novelas ejemplares*, Prólogo).

Ignora, también, que los difíciles años de su plenitud los pasará por los polvorientos campos de Castilla y de Andalucía como recaudador de impuestos, alcahalero y requisidor de provisiones o, peor aún, encarcelado en Sevilla o en Valladolid por ineptitud en sus cargos burocráticos.

A partir del rechazo de su petición de trabajo en las Indias, vuelve a probar suerte en la poesía. No posee Cervantes la vena lírica y así lo afirma él mismo en su *Viaje al Parnaso*:

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.

En el género dramático se desenvuelve un poco mejor, aunque tampoco resulta su fuerte. Sin embargo, *La Galatea*, novela pastoril que entremezcla la prosa con la poesía bucólica, tan del gusto de la época, se había impreso en Alcalá de Henares en 1585 y tuvo una buena recepción, que le valió el reconocimiento de autores de la talla de Lope de Vega. Pero la verdad es que Cervantes no se encontraba enteramente satisfecho con esta obra, y tan es así, que al revisar los libros de la biblioteca de don Alonso Quijano el cura da con *La Galatea* y dice: "Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete". Desgraciadamente esa segunda parte nunca llegó a ver la luz.

Lo anterior no significa que no existieran ya algunos elementos valiosos en esa novela que le servirían al autor para la eventual escritura del *Quijote*. Sus

estadías en Italia y en Sicilia resultaron sumamente fructíferas para su oficio de narrador. Allí entra en contacto con las obras de Petrarca, Dante, Boccaccio, Ariosto, Boiardo, Bandello, Sannazaro y Tasso, a quienes lee en lengua original. Todos ellos influirán en su obra narrativa desde diferentes ángulos, y esa influencia se notará desde la mismísima *Galatea*, sobre todo en su visión de la independencia femenina en los asuntos amorosos —a los que volverá en el *Quijote*— y en la manera como inserta varias novelas breves en el cuerpo de la trama principal de la obra. Cervantes aprendió de Ariosto a entretener con humor y fantasía las aventuras de caballerías con las historias de amor; del *Decamerón* de Boccaccio aprende la fórmula "todo junto y cada parte para sí" y particularmente del segundo, cuarto y quinto días, donde trata los temas de la felicidad y la infelicidad en el amor. De Tasso y Sannazaro se nutre para la recreación del mundo pastoril.

Así que, a pesar de la negativa que recibió de viajar a las Indias para ejercer un atractivo puesto oficial en nombre de la corona, Cervantes no cesó en su empeño de ser escritor a pesar de que tuvo que posponer momentáneamente sus inquietudes literarias para dedicarse a otros asuntos, como lo afirma en su prólogo a las *Ocho comedias*: "Tuve otras cosas en que ocuparme, dejé la pluma y las comedias".

Mucha tinta ha corrido en torno a la idea de que la génesis del *Quijote* surgió en 1597 mientras Cervantes estaba en la cárcel de Sevilla. Y el mismo autor parece reconocerlo cuando en el prólogo dice:

¿Qué podía engendrar el estéril mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y en donde todo triste ruido hace su habitación?

Los críticos románticos opinan que los primeros borruntos del *Quijote* se pueden rastrear cerca de 1592,

en tanto que ninguno de los libros mencionados en la biblioteca de Alonso Quijano son posteriores a esa fecha. Lo cierto es que entre 1592 y 1605, cuando se publica la primera parte del *Quijote*, transcurre un lapso de 13 largos años en los que seguramente Cervantes contó con el tiempo, las vivencias, las decepciones y la dedicación para ir fraguando y concibiendo su novela. Críticos como Rafael Lapesa han señalado que Cervantes atravesó un difícil periodo de inconformismo e irreverencia durante la década que va de 1595 a 1605. Lo cierto es que en 1590, año de su petición al Consejo de Indias, Cervantes escribe su historia del cautivo de Argel. En 1592 es encarcelado en Castro del Río. En 1595 trabaja como colector de impuestos por el reino de Granada. En 1597 es encarcelado en Sevilla y todo parece indicar que allí surge la revelación de escribir el *Quijote* a partir de la lectura del *Amadís de Gaula*. Ya para 1602, cuando estaba viviendo en Esquivias, se tiene la certeza de que la idea sustancial era escribir una novela cuyo tema, en principio, fuera hacer una "investiva" de los libros de caballería. Para ello crearía a un personaje que, como él mismo, fuera un apasionado lector de novelas de caballería. Y no hay mejor síntesis de la trama que la que hace el propio Cervantes al presentar a Alonso Quijano al inicio del *Quijote*, a quien

del poco dormir y del tanto leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Ya desde las primeras líneas de la novela se presentan los que constituirán los motivos principales de la obra y las vertientes por las que discurrirá su autor. Y algunos críticos han sugerido que incluso la pri-

mera frase: "En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...", ese "no quiero acordarme" obedece al temor que tenía Cervantes de que se descubriera la localidad exacta donde él ubicaba el origen de su historia y, por supuesto, la sangre y el apellido de su personaje, que en una pequeña comunidad sería fácilmente identificable. Entre esos primeros capítulos desempeña una parte sustancial el VIII, en la que sería la segunda salida, ya acompañado de Sancho, el de la "espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento", que se erige como la gran metáfora que permeará la novela, pues a partir de allí se planteará de manera explícita la presunta conjura que existe por parte del sabio Frestón y otros tantos encantadores para demeritar y frustrar las valerosas hazañas que emprende don Quijote. Este recurso permitirá que exista un continuo ir y venir de la realidad desnuda que percibe Sancho a la fantasía caballeresca que alucina la hiperbólica imaginación de don Quijote. Y efectivamente, es la irrealidad de las apariencias lo que permitirá esa dinámica que en la novela va de la parodia a la sátira y que será el sustento de lo que ha venido a llamarse "quijotismo".



Así que si la primera parte del *Quijote* está marcada por la imagen de los molinos de viento, la segunda estará marcada por la alegoría que propicia la aventura de la cueva de Montesinos, en la que Cervantes suspende de manera sumamente audaz la relación

fantasía-realidad para adentrarnos en un mundo de incertidumbre y ambigüedad. A partir de la aventura de la cueva de Montesinos, Cervantes sembrará una constante duda tanto en la mente de sus personajes como en el propio lector. Durante la segunda parte tenemos muchos ejemplos de esto, pero hay una escena, la llamada "De la famosa aventura del barco encantado", que trata sobre el reiterado tema de la verdad y la mentira entre don Quijote y su escudero que puede resultar interesante recordar. En este capítulo, el XXIX, don Quijote y Sancho acaban de consultar al mono de maese Pedro (que no es otro que Ginés de Pasamonte) sobre la autenticidad de sus aventuras en la cueva, a lo que el mono responde que parte de aquellas cosas son verdad y parte mentira. A lo que añade el narrador: "Él [don Quijote] se atenía más a las verdaderas que a las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenía por la misma mentira". Esta actitud será refrendada en la siguiente aventura, en la que don Quijote descubre un barco atado a un árbol en las riberas del río Ebro. En su delirio, don Quijote supone que se trata de un barco encantado puesto a su merced "para dar socorro a algún caballero", mientras que Sancho le rebate diciendo que a él el tal barco no le parece de los encantados, sino "de algunos pescadores deste río, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo". Pese a ello acepta embarcarse con su amo, que le comenta que una de las señales que tienen los navegantes al pasar la línea equinoccial es que "se les mueren los piojos". No llevan más que unos cuantos metros de navegar cuando don Quijote conmina a su escudero a que pruebe si acaso eso ha ocurrido, a lo cual Sancho obedece, escéptico, y tentándose la corva de la pierna izquierda, le contesta con típica socarronería:

—O la experiencia es falsa, o no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.

—Pues ¿qué? —preguntó don Quijote—. ¿Has topado algo?

—¡Y aún algo! —respondió Sancho.

Esta aventura es una de las pocas en que la imaginación de don Quijote no logra rebasar el sentido de realidad de Sancho y así lo comprueba el desenlace de la historia, que pone en peligro la vida del caballero andante, pues a pesar de que sabía nadar "como un ganso", se hunde por el peso de su armadura, y tanto él como su fiel escudero están a punto de morir ahogados de no ser rescatados por los molineros y pescadores. Esto lo obliga a pagar 50 reales a cuenta del barco hecho pedazos por las ruedas de las aceñas del molino, que Sancho desembolsa a regañadientes. Pero lo más singular y significativo es la actitud adoptada por don Quijote al final de su malhadada aventura, cuando dice: "Que todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras. Yo no puedo más [...] Para otro caballero debe estar guardada y reservada esta aventura", lo cual significa que Cervantes nos prepara poco a poco para la eventual recuperación de don Quijote, y cada vez lleva al caballero y al escudero al descubrimiento de la verdad, a la superación del desengaño a través de la razón.

Sucede que a medida que transcurren sus aventuras Sancho se quijotiza y don Quijote se sanchifica, y esto se hace evidente sobre todo en la segunda parte, donde el escudero adquiere una cierta sapiencia y el caballero andante, a pesar de su monomanía, empieza a recobrar poco a poco sus cabales, como se hace evidente en muchas escenas, entre otras la del barco encantado, antes citada. Es decir, independientemente del aspecto romántico que supone que el Quijote se haya gestado en prisión, lo cierto es que el autor, por el sólo hecho de haber sido soldado, de haber estado cautivo en Argel, de sus decepciones amorosas, familiares y económicas y de haber estado en la cárcel —fuera por motivos justos o injustos—, tendía a identificarse con los segregados de la sociedad, no sólo con los pícaros, los morosos, los desesperados y los perdidos, sino con todos aquellos que se encontraban privados de la libertad por diversas causas, incluyendo a los delincuentes, los cautivos, los expulsados y los luchadores sociales al margen de la

ley. El propio don Quijote es, según maese Pedro, un caballero "socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagabundos [que] ampara pupilos, endereza tuertos, hace otras obras caritativas". Esto es importante porque ahí radica, en gran medida, no sólo su rebelión ante la sociedad, sino que también es una de las tantas maneras de resaltar lo engañoso de las apariencias. Traigo todo esto a colación, sobre todo, para resaltar la postura de Cervantes en el *Quijote* ante los diversos desclasados que van apareciendo en la novela, ya que buena parte de la historia está diseñada a partir de paralelismos, simetrías y asimetrías, reflejos y juegos de espejos que inevitablemente se dan entre el personaje principal, su escudero y los diversos personajes que pueblan las intrincadas geografías que recorre el caballero andante en compañía de su escudero.



En el curso de la novela, el personaje de don Quijote no es, ni con mucho, el único loco que aparece en la historia. Salvador de Madariaga solía decir que don Quijote, al igual que Hamlet, eran locos "norte-noroeste". Esto implica una locura especial que surge a partir de una idea fija o monomanía, pues don Quijote —al igual que Hamlet— se comporta de una manera totalmente cuerda, tolerante y hasta sabia, salvo cuando cae en sus fijaciones que, en el caso de Alonso Quijano, surgen cuando alucina, discute o invoca los libros de caballerías con sus princesas, caballeros enamorados y valientes, dueñas, encantadores, magos, castillos, pócimas, brebajes,

penitencias, duelos y batallas. Desde su primera salida, la conducta del propio don Quijote propicia que aquéllos con los que se encuentra respondan a su locura también con cierto grado de locura, como es el caso del ventero o del colérico vizcaíno. Pero con el primer loco en serio que se topa don Quijote en su camino es Cardenio, en pleno corazón de sierra Morena, donde coinciden también con Ginés de Pasamonte, que aprovecha la oportunidad para robarle el rucio a Sancho. Don Quijote ve por primera vez a Cardenio saltando de risco en risco y de mata en mata semidesnudo y descalzo, con la barba crecida y el cabello despeinado. Cardenio también mira al caballero de la triste figura, pero se escabulle entre las rocas. Un cabrero le informa a don Quijote que se trata del dueño del maletín, del cojín y de la mula muerta que caballero y escudero han encontrado en su camino: "un mancebo de gentil talle y apostura" que se oculta en la parte más áspera y escondida de la sierra para cumplir "cierta penitencia". El pastor le confía a don Quijote que el hombre sufre cambios súbitos en su conducta y lo mismo puede comportarse de manera cortés y comedida que violenta y agresiva, por lo cual concluye que padece de "algún accidente de locura". De todo lo cual resulta que Cardenio es, como don Quijote, un monomaniaco. Don Quijote escucha la historia, embelesado, y decide buscarlo hasta dar con él. La suerte le ayuda y Cardenio aparece de súbito ante sus ojos. Es éste uno de los momentos cumbres de la novela, pues implica el reconocimiento y el encuentro de dos niveles de locura: el del hidalgo ocioso que sale al mundo para imponer sus ensueños y fantasías librescas y el del caballero enamorado que ha perdido sus cabales a causa de una desventura amorosa. Al ver a Cardenio, don Quijote se apea de *Rocinante* y lo estrecha entre sus brazos. Cardenio se deja abrazar y luego mira largamente a don Quijote como preguntándose quién podrá ser semejante hombre. El caballero de la triste figura y el roto de la mala figura, el caballero de la sierra o el caballero del bosque, que por esos

nombres se le conocía, se identifican de algún modo en su mirada de desasosiego y rebelión. Don Quijote se ofrece, en su calidad de caballero andante, a ayudar a Cardenio para mitigar su dolor y, si no es posible, al menos se compromete a llorar y plañir con él su desgracia. Cardenio le cuenta mansamente sus cuitas a don Quijote, a Sancho y al cabrero, no sin antes pedirles de comer, y entonces nos enteramos de que su amada Luscinda casará con su amigo Fernando por ser más rico que él. Y de repente ocurre un cambio en el nivel de su conversación, pues en la mesurada exposición de sus pesares Cardenio comete el error de aludir al *Amadís de Gaula* y dispara la monomanía de don Quijote, que interrumpe la conversación y empieza a hablar de novelas de caballerías. Cuando don Quijote le pide a Cardenio que prosiga, éste ya se halla contagiado de la locura de don Quijote y comenta: "Sería un majadero el que lo contrario entendiese o creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabeth estaba amancebado con la reina Madásima", lo cual despierta la inmediata cólera de don Quijote. Con ello, aquel lazo de entendimiento que se había establecido entre los dos locos en el momento de su encuentro se rompe de manera violenta, pues ambos personajes han saltado del mundo de la realidad al de la ilusión literaria y empiezan a pelear entre sí. El encuentro servirá después como inspiración para que don Quijote se interne en sierra Morena y, a imitación de Cardenio y Amadís, haga "del desesperado, del sandio y del furioso". Y cuando Sancho le pregunta qué causa tiene para volverse loco, don Quijote contesta: "Ahí está el punto [...] y ésa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado?" Y esto lo convierte en un loco a la tercera potencia. Luego sabemos que Cardenio se casará finalmente con Luscinda, pero lo interesante aquí es el parangón que se establece entre estos dos locos, así como con otros

excéntricos de la novela, entre los que se podría contar a Marcela, que se ha retirado a la vida pastoril para preservar su libertad como mujer y decidir su destino matrimonial y a la que se le acusa del suicidio de Crisóstomo. Don Quijote no sólo justifica la postura emocionalmente independiente de la mujer, sino que defiende a Marcela de sus impugnadores y amenaza a sus detractores de provocar su furiosa indignación. Algo semejante sucede con el hijo del caballero del Verde Gabán, a quien don Quijote anima a seguir la carrera de letras una vez que escucha sus poemas, yendo así contra los designios burgueses que el padre del muchacho le había deparado. Pero la paradoja más grande de don Quijote acaso no sea tanto la identificación que él siente con otros locos o disidentes que encuentra en su camino, sino su enorme capacidad para volver locos a los que se presumen cuerdos. Éste es el caso de aquellos que se prestan a burlarse de él, entre los que estarían Sansón Carrasco, el cura y el barbero, los duques, doña Rodríguez, Altisidora, Tosilos y don Antonio Moreno, que lo saca a pasear por Barcelona con un pergamino pegado a la espalda, donde le escribieron con letras grandes: "Éste es don Quijote de la Mancha", hasta que un castellano lo aborda y, como en el cuento del rey desnudo, le grita:

¡Válgame el diablo por don Quijote de la Mancha! ¿Cómo que hasta aquí has llegado, sin haberte muerto los infinitos palos que tienes auestas? Tú eres loco y si lo fueras a solas y dentro de las puertas de tu locura fuera menos mal; pero tienes la propiedad de volver locos y mentirosos a cuantos te tratan y comunican; si no, mírenlo por estos señores que te acompañan.

Y hasta el propio Sancho, víctima también del contagio de la locura, le contesta al lacayo Tosilos cuando le dice que su amo debe ser un gran loco: "¿Cómo debe?... No debe nada a nadie; que todo lo paga, y más, cuando la moneda es locura".

De todo lo anterior podrá colegirse que sin duda existe una rara y extraña fascinación por parte de Miguel de Cervantes hacia los locos, chiflados, lunáticos y deschavetados en todas sus variantes, con lo cual también se adelanta, en términos estrictamente literarios, a muchas de las temáticas que ocuparán las mejores mentes de futuros novelistas.

IV

Los proscritos también ocupan un lugar muy importante en la historia de don Quijote. Acaso el más famoso de todos ellos sea Ginés de Pasamonte, a quien encuentra por primera vez con el grupo de galeotes durante la segunda salida. Llama Ginés la atención de don Quijote por ser de buen parecer, joven y de mirada estrábica, pero sobre todo por la rigurosa y excesiva manera como viene encadenado. Cuando don Quijote lo interroga, descubre que se trata de Ginés de Pasamonte, cuyos delitos superan todos los de los otros galeotes juntos y por lo cual penará diez años en galeras, que por entonces era considerado equivalente a una muerte civil. Pero lo que más le sorprende a don Quijote es que Ginés es escritor y que ha plasmado su vida en un libro que ha dejado empeñado en la cárcel por 200 reales. "Mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribiesen", contesta Ginés cuando don Quijote le pregunta por la calidad de su libro. Más interesante aún es que a Ginés no le pesa mucho ir a galeras porque, según él, allí dispondrá del tiempo para acabar su libro, que no es otra cosa que su autobiografía, la

cual trata de "verdades tan lindas y tan donosas que no puede haber mentiras que se le igualen". Sin caer en el exceso de hacer una identificación total entre el autor y sus personajes, ningún lector avezado podrá sustraerse del parangón que automáticamente se establece entre Ginés y el propio autor, sobre todo cuando al comentario de "hábil pareces" que hace don Quijote, Ginés contesta: "Y desdichado [...] porque siempre las desdichas sorprenden al buen ingenio", palabras muy parecidas a las que Cervantes pone en boca del cura cuando da con *La Galatea* en la biblioteca de Alonso Quijano. Este mismo Ginés, hipócrita del proscrito espiritual que existía en Cervantes, es también el típico pícaro inteligente y manipulador que intenta trocar la petición de don Quijote de que todos los galeotes acudan a manera de agradecimiento por haber logrado su libertad a la ciudad de El Toboso, a presentarse ante Dulcinea por unos avemarías y unos credos. Esta irreverente propuesta irrita sobremanera a don Quijote y lo mueve al insulto, llamándolo "don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo". Ginés reacciona y conmina a los galeotes a que respondan a pedradas y dejan a don Quijote tendido en el suelo y vapuleado. Ingrata actitud de Ginés a su liberación y, sin embargo, el personaje resulta tan atractivo como verosímil. Ginés de Pasamonte aparecerá en distintos capítulos de la novela y él será, contrario a los gigantes y encantadores a los que atribuye don Quijote sus desventuras caballerescas, el verdadero villano de la novela, pues no sólo le roba el rucio a Sancho en sierra Morena, sino que en la segunda parte aparece, como titiritero, disfrazado del maese Pedro, el gran ilusionista, bien vestido, con un parche en el ojo y otro en la mejilla, que con un mono adivinador responde a las preguntas que le hace el público y que representa el romance de Melisendra y Gaiferos en un retablo. Don Quijote entra con cierta frialdad en la narración conducida por el niño que ayuda a maese Pedro e incluso lo increpa para que se concentre en la acción directa y narre sin ambages ni digresiones. Pero una vez que logra

penetrar en el mundo de la ficción y ve huir a los amantes perseguidos por los moros de Sansueña, don Quijote desenvaina su espada y arremete contra los enemigos, descabezando a un títere aquí y a otro allá hasta que destruye el retablo por completo. Ante la violencia del caballero el mono huye y maese Pedro queda desconsolado a causa de los perjuicios de que ha sido objeto. Don Quijote, liberal como siempre, acepta pagar los daños y luego pasan a cenar en paz y en buena compañía.



En su libro *Orientalismo*, Edward Said afirma que para el mundo occidental los árabes son simplones, sin energía ni iniciativa, lisonjeros, intrigantes y crueles con los animales, mentirosos, suspicaces, y en todo se oponen a la claridad, a la sinceridad y a la nobleza. "El crimen del oriental", dice, "es ser oriental y eso es una muestra exacta de con qué facilidad se podía aceptar semejante tautología". Cervantes trabajaba dialécticamente no sólo en la relación de don Quijote y Sancho, sino en su manera de percibir el mundo. En el *Quijote* hay dos historias que, en apariencia, parecen contraponerse en su mensaje ético y religioso y que, sin embargo, resultan complementarias. Me refiero específicamente a las historias del cautivo de Argel y la de Ricote, que suceden, respectivamente, en la primera y en la segunda parte de la novela. La historia del cautivo ha llamado mucho la atención de la crítica, entre otras razones, por su obvia semejanza con la vida del autor. Sabemos que Cervantes pasó más de cinco años

en cautiverio en Argel. Sin embargo, en la novela intercalada que se relata en el capítulo XXXIX hay un gran distanciamiento crítico entre el autor y el personaje. Del mismo modo, en la historia que Ricote le cuenta a Sancho, su vecino, existe también una fría objetividad. Entre ambas se da un claro paralelismo: en la historia del capitán cautivo se trata de narrar el conflicto moral y religioso que enfrenta Ruy Pérez de Viedma, español en cautiverio, y Zoraida, su enamorada mora, para huir de Argel, a despecho del padre que ama a la hija e intenta retenerla; en la historia de Ricote el conflicto se centra en un morisco y su hija Ana Félix, que han tenido que abandonar España a causa del decreto de Felipe III en 1609, y Gaspar Gregorio, su pretendiente cristiano, que se lanza en busca de ella. En las dos historias entra en juego el problema del dinero y las joyas de los padres de las jóvenes enamoradas, así como la participación de dos renegados, que son los encargados de ayudar a salir de Argel al cautivo y Zoraida y a entrar a España a Ana Félix y Gaspar Gregorio. Ambas historias plantean dos caras de un mismo problema que parece resolverse felizmente mediante la fórmula de que la fuerza del amor logra vencer incluso las barreras de sangre, raza y religión. No obstante, en los dos casos se hace muy patente el genuino dolor del cautivo y de los expatriados por encontrarse lejos de su patria: "Fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave, al parecer de algunos; pero al nuestro, la más terrible que se nos podía dar. Doquiera que estemos lloremos por España", dice Ricote. Y aunque también se hacen notorios ciertos prejuicios de carácter religioso por parte del autor en el caso de la historia del cautivo y ciertas justificaciones no muy convincentes a la resolución del conde de Salazar en cuanto a la expulsión de los moros ("como él [Salazar] vee que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa que del ungüento que molifica", dice el mismo Ricote), lo cierto es que Cervantes, pese a las limitaciones religiosas y políticas que tenía o

fingía por su circunstancia histórica, muestra una actitud de extrema comprensión hacia la trágica situación de la masa morisca expatriada, con lo cual refleja una enorme capacidad humana para entender a quienes fueron sus enemigos.



Muy cerca del final, en su camino a Barcelona, antes de que don Quijote admire por primera vez en su vida el mar y conozca una imprenta, tiene un azaroso encuentro con otro personaje que se encuentra al margen de la ley. Luego de sorprenderse por ver a un grupo de ahorcados colgados de los árboles, Sancho y don Quijote caen en manos de unos bandoleros comandados por su capitán, de nombre Roque Guinart. A pesar de que sus secuaces se encuentran a punto de despojar a Sancho de los escudos obsequiados por el duque, Roque interviene e identifica a don Quijote, a quien conoce de oídas. Sin embargo, contrario a tantos otros personajes que aparecen en la novela, Roque no se burla de él, antes al contrario, se saludan afablemente, llamándose uno al otro "valeroso Roque" y "valeroso caballero". Este encuentro es uno más de los que se sirve Cervantes para contrastar el ideal caballeresco de su personaje con la misión dura y peligrosa que vivió el personaje histórico de Roque Guinart. Guinart se describe en la novela como una suerte de Robin Hood que roba a los ricos para darle a los pobres, que ayuda a quienes se lo solicitan y que desempeña el papel del guerrillero revolucionario que lucha por reivindicar las causas de los oprimidos. Pero, por su misma condición sub-

versiva, debe vivir a salto de mata, desconfiando incluso de sus propios hombres, que en cualquier momento pueden traicionarlo. Al conocer su causa y su vida, don Quijote trata de disuadirlo para que abandone su modo de vida y su rebelión y lo conmina a unirse a él: "Véngase conmigo; que yo le enseñaré a ser caballero andante", lo cual sólo propicia la complacencia del guerrillero, que de inmediato entra en acción para ayudar a Claudia Jerónima a aliviar sus desdichas amorosas, ignorando a don Quijote, que se limita a permanecer como un simple espectador. "Nueva manera de vida le debe parecer al señor don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos y todos peligros", le dice Roque a don Quijote. Y no cabe duda de que Cervantes miraba con simpatía la figura y la actitud de Roque Guinart, y el contraste que establece entre la ilusoria pretensión de don Quijote de revivir la andante caballería y la lucha real y efectiva que ejerce Guinart en las inmediaciones de Barcelona no deja muy bien parado a nuestro fantástico caballero. Sin embargo, ambos personajes comparten el anhelo común: el de ejercer un riguroso sentido de la justicia, lo cual lleva a que Sancho mismo afirme, luego de ver en acción a Guinart y a sus "escuderos": "Según lo que he visto aquí, es tan buena la justicia, que es necesario que se use aun entre los mismos ladrones".



Efectivamente, Cervantes, como persona, nunca llegó a pisar tierra americana. Aceptemos como probable que en el caso de que le hubieran concedido alguno de los puestos solicitados, difícilmente hubie-

ra escrito algo, tal vez ni siquiera su historia del cautivo de Argel, que llevaba tan profundamente en su interior. Sus desencantos en la poesía y en el teatro seguramente lo convencieron de que su temperamento literario no iba por ahí y que en cambio poseía una natural inclinación hacia la prosa de ficción. Tenía un ojo rápido y un excelente oído y sabía captar no sólo el habla de la gente, sino su sentir. Con prosa fluida, sabía encadenar sus episodios, bordar sobre ellos, inyectarle rapidez a la acción y buscar giros y peripecias tan emocionantes como ingeniosas. Como lector y como escritor disfrutaba naturalmente de las novelas de aventuras, de las novelas de caballerías y de las historias de amor que había recreado ya en *La Galatea*, pero sobre todo en las novelas intercaladas. Y cuando tuvo la feliz ocurrencia de la creación del personaje de don Quijote, se dice que, basado en un enjuto compañero de la cárcel, pudo servirse de una de sus mejores y más poderosas armas: su agudo sentido del humor.

Cervantes mismo era, qué duda cabe, uno de esos desesperados de España que no logró pasarse a las Indias y cuya vida estuvo llena de injusticias, vejaciones y desventuras. Él se vio en la necesidad de vagar durante años sin saber que estaba adquiriendo las experiencias que le permitirían escribir su gran novela. Tal vez por eso mismo pudo concentrarse en toda esa caterva de locos y proscritos que desfilan por sus páginas. Y es que internamente se identificaba con ellos. Por ello, si Miguel de Cervantes nunca pisó América, su *Quijote* llegó hasta nosotros a pesar de que durante la Colonia la novela era un género prohibido. Llegó para mostrarnos los variados y complejos caminos de la ficción en prosa y se convirtió en una novela madre que permitió que incluso en lengua inglesa Melville y Twain se inspiraran en ella, que William Faulkner la leyera religiosamente todos los años y que Vladimir Nabokov impartiera cursos sobre ella. Pero por estar escrita en español nos hemos nutrido de ella, y autores como Borges, Asturias, Carpentier, Fuentes, García Márquez y tantos más se la han apropiado tan

legítimamente, como para hacerla argentina, guatemalteca, cubana, mexicana y colombiana en sus propias obras. Ésa fue la gran herencia que Cervantes nos dejó a los latinoamericanos: una gran novela total que lograra unirnos en lengua española a través de los poderes de la imaginación. ☞

